

## **ROSTRO DE MUCHEDUMBRE**

**Alfredo Bryce Echenique**

Debido al fuerte y creciente individualismo, la disminución de las prácticas religiosas y la desaparición de las comunidades familiares, el individuo, en tanto que ser cultural y social, ha quedado solitariamente convertido en su propio horizonte y religión. Por ello, lleva en el fondo de su alma una iglesia en la cual reza cada día por su destino, con la esperanza de ser más feliz, o menos infeliz. Su satisfacción personal le preocupa antes que nada. El individuo-rey se proclama libre, independiente y apasionado. En realidad, se encuentra perdido en una sociedad que no le ofrece puntos de referencia y que le ha ido creando un sentimiento de soledad, a medida que lo ha ido privando del sentimiento de pertenecer a una comunidad.

Tras la desaparición de la organización social comunitaria, el hombre se ha quedado solo. Sin embargo, los lazos sociales no se han roto del todo, sino que han cambiado de naturaleza. La sociedad, al igual que la familia, es en la actualidad contractual y poco o nada comunitaria. Esta contractualización es fruto del advenimiento de la democracia, en lo que a la sociedad respecta, y de la creciente igualdad entre hombres y mujeres, en lo que a la familia se refiere.

En esta sociedad contractual, los individuos se adhieren libremente a la colectividad. Acatan las leyes votadas por los elegidos del pueblo porque éstas son la expresión de la voluntad general. Por lo tanto, es la razón -y ya no la fe- la que le permite al individuo identificarse con una forma de expresión que ya no es religiosa sino política.

Al contractualizarse, la sociedad le ha dado más libertad a cada persona. Y ha sido al hacer uso de esta libertad que el hombre de hoy, encerrado en los compartimentos de su individualismo, se ha quedado solo. El matrimonio, antaño piedra angular de la institución familiar, ya no ofrece en nuestros días garantías serias y durables de felicidad. En realidad significa apenas algo más que un juramento hecho a la carrera, y frecuentemente, bastante menos que un compromiso contraído de por vida. Similarmente, la escuela ya no es el lugar en que antaño era posible beneficiarse con una promoción social. La inflación de los certificados de

estudios ha devaluado considerablemente el valor de cambio de los diplomas escolares y universitarios, de tal manera que, en el momento de enfrentarse con el mercado laboral, sus poseedores se encuentran apenas mejor equipados que aquellos que no los han obtenido.

También la noción de patria se ha ido diluyendo en la de nación. La patria implicaba la identidad muy fuerte y colectiva de un país en el que se alineaban, como un solo hombre, sus «padres» y sus «hijos». La nación, en cambio, se refiere cada vez más a una sociedad atomizada y no a una comunidad de destino.

Esta ausencia de puntos de referencia explica la desafección que sufren las instituciones. El sentimiento de pertenencia se basa tradicionalmente en la adhesión de los individuos a un ideal colectivo superior. Pero lo que hoy buscan los hombres es cohesión, antes que adhesión, ya que ésta puede implicar una pérdida de autonomía. Por lo tanto, son razones de fondo, y no de forma, las que le impiden adherirse o militar. SU fe ya no busca las respuestas que dan los partidos, las religiones o los sindicatos.

Empezando por el Estado, las instituciones suscitan indiferencia, debido a que lo encarnan todo menos aquellos sentimientos por lo que el hombre se siente abrumado. Sin cuestionarlas, siquiera, los individuos abandonan las instituciones que no les gustan. Ello explica la verdadera hemorragia de miembros en los sindicatos y en los partidos políticos, o el notable aumento del abstencionismo y de los votos en blanco en las elecciones. El hombre actual, profundamente individualista y egocéntrico, no sale de su indiferencia sino cuando las instituciones que sostienen la sociedad en que vive le ofrecen imágenes dolorosas, imágenes de sufrimiento. Si abandona momentáneamente su indiferencia, es porque se ha reconocido en aquel anciano que él será algún día, en el accidentado que también pudo ser él, en el desempleado en que podría convertirse de un momento a otro.

Indiferencia matizada y también recíproca: las instituciones se ocupan cada vez menos de aquellos que no se insertan plenamente en ellas. Si, por un lado, cada día son más numerosas las personas que pierden su deseo de adherirse a la sociedad, por otro, ésta ya no sólo no les muestra a sus miembros aquellas expresiones ejemplares de su existencia (la escuela, el matrimonio y las administraciones languidecen), sino que además se desinteresa por completo de todo aquél que se aparta de ella, de tal manera que cada día es mayor el número de **punks**, cabezas

rapadas, pirañas, de marginales y de **clochards** que conforman los paisajes sociales urbanos, sin que ninguna administración del Estado o de la policía intente acudir en su ayuda o haga un esfuerzo para controlar estos fenómenos de marginalidad.

La indiferencia que la sociedad manifiesta, bajo las apariencias de libertad individual, es muy significativa en este aspecto. Además, revela que le corresponde al individuo, y a nadie más que a él, integrarse o no en la colectividad. O sea que el fin de las comuniones colectivas en torno a unos ideales superiores, viene acompañada de una necesidad de los individuos de mantenerse en comunicación personal entre ellos. Los hombres y las mujeres ya no le piden a la colectividad, en tanto que tal, que les dé puntos de referencia; en su lugar, les piden a otras personas que los acompañen a buscarlos simultáneamente. Los solitarios aspiran a ser comprendidos y queridos antes que a ser tomados a cargo o ayudados. No buscan tampoco respuestas a sus preguntas: reclaman más bien indicios que demuestren que esas preguntas suscitan un eco a su alrededor. Este eco les serviría de prueba de que alguien los escucha e intenta comprenderlos, sin pretender dirigirlos o imponerles ley alguna. Perdidos entre las muchedumbres indiferentes de nuestra sociedad, aspiran a menudo a volver a encontrar el calor humano de una comunidad, sin que ello los obligue a renunciar a una autonomía que se ha convertido en la ley fundamental.

La soledad es un fenómeno ligado a la existencia de muchedumbres, y, más precisamente, de muchedumbres de individualistas. Mientras no se organice, una multitud no es más que una simple aglomeración, una colección de individuos semejantes e intercambiables. No es pues una colectividad, ni mucho menos una comunidad. En medio de una muchedumbre, el individuo tiene la impresión de no ser más que un elemento irreconocible de una masa, y le es imposible experimentar una sensación de pertenencia. No encuentra nada ni nadie que pueda ayudarlo a sentirse diferente. El individuo que sólo ha logrado verse existir en los ojos de una muchedumbre, y además no tiene quien lo mire, está completamente solo. Nadie puede comprenderlo o amarlo, puesto que no logra ser visto. Si el amor continúa siendo algo muy importante en la vida de mujeres y hombres, es porque se ha convertido en el último refugio de un sentimiento de pertenencia.

Mientras la sociedad se comporta como una muchedumbre ciega, blanduzca, uniforme, indiferente y consensual, los individuos que

desaparecen en medio de ella son invadidos por la duda. De ahí que la angustia que alimenta a la muchedumbre agrave el sentimiento de soledad que, paradójicamente, es característico de toda sociedad de masas.

Para ser aún más preciso: es posible observar que, en el seno de la sociedad, el **credo** de la igualdad se ha fortalecido hasta el punto que los seres se parecen más, cada día: tienen, en efecto, rostro de muchedumbre. Con ello se ha logrado exacerbar en la colectividad la noción de la diferencia. Y una de las maneras que le ha sido otorgada al individuo de hacer notar su diferencia es la soledad. Al sumergirse en ella, al habitarla a fondo, el hombre reencuentra su identidad y retoma contacto con sus sentimientos personales. A esto se debe que los solitarios sean hoy los pioneros de lo que serán las nuevas relaciones entre la sociedad y los individuos.

Los hombre dudan de todo porque la sociedad sólo logra transmitirles imágenes de bienestar mediante anuncios publicitarios tan hermosos como ficticios y efímeros. Abandonado a su suerte, totalmente entregado a su libertad y, en consecuencia, a su soledad, el individuo debe definir por sí mismo su idea del bienestar y encontrar el camino que lo lleva hasta ella. Abandonado también a su sensibilidad, el individuo descubre, cada vez con mayor amargura, el abismo que separa sus deseos de la realidad.

Cualquiera que sea el punto desde el cual se le observa, el hombre se nos presenta como un ser condenado al aislamiento, en medio de una gran modernidad y un gran **confort**. Sin duda alguna, la soledad es el precio que debe pagar por todos los placeres que le ofrece el mundo actual. De hecho, el solitario de hoy parece bastante más aislado que el de las sociedades precedentes, a pesar de que, paradójicamente, el primero vive su condición en medio de los demás y el segundo se alejaba del mundo. Absurda, común y vulgar, la soledad ha perdido el lustre y el sentido que en otros tiempos le dieron los filósofos, los hombres de fe y los artistas.